

Extracto de la novela *Y todos éramos actores, un siglo de luz y sombra*

Gustavo Gac-Artigas

Por una vez, al tomar el metro rumbo a La Courneuve, rumbo al parque a la sombra de la Cité de 4 mille, le dije al conductor, —no se salga del riel compañero.

En la *Fête*, un millón de personas en dos días, *le tout Paris*, así, corto, es decir la crème de la crème, mezclado con *le tout Paris* del exilio, de todos, venidos de los tristealegres-alegretristes salones que recogían los pasos de los zapatos viejos, malolientes, desgastados de los exiliados del mundo entero, es decir la *ratatouille* de los desechados del mundo; salidos de los barrios populares, de los alrededores de París y venidos de la Francia entera, obreros, pescadores, profesionales, jóvenes y viejos y sobre todo amantes de la buena música, de la buena comida, de las salchichas y la cerveza, de los caracoles y las ancas de rana, de los vinos y tragos exóticos que solamente dos días en septiembre se ofrecían a sus labios.

Al otro lado, las luces y los escenarios, El grande, la escena central acogiendo un concierto de Bartók, la escuela de circo de Anna Fratellini, Los Colombaioni (los clowns de Fellini), Ray Charles, un ballet clásico o uno experimental. En las otras escenas, espectáculos de música, escenarios que cedían el paso a la palabra en interminables discusiones en que todos podían tomar la palabra y todos refutar al otro, y si era necesario se inventaba y aquello que no era cierto en el momento podría serlo en el futuro, y lo cierto comenzaba a ser incierto.

Era la fiesta popular más grande de Europa.

Y en ella, La Cité Internationale, el espacio privilegiado para viajar por las bellezas y las miserias de la tierra. Quioscos de todo el mundo representando cada país, cada movimiento de liberación, cada régimen derrocado, cada niño desaparecido, cada campesino desplazado, cada hombre, cada mujer de pie luchando por ser escuchado, al menos por ser escuchado.

Y aquellos más afortunados se hacían un deber el pasar a dar una mano, a regalar una sonrisa y un abrazo y a tomar un trago con los compañeros.

En el medio de la Ciudad Internacional: el boliche de los chilenos adornado como una ramada, con la ristra de banderitas plásticas colgando, con un facsímil de *El Siglo* para regalarlo mostrando amablemente con la mirada el frasco con monedas depositado al lado (amable recomendación de la Mireya Baltra), las empanadas de horno, de buen pino con carne, amasadas por las manos regordetas de las compañeras mientras los hombres cortaban ramas para darle caché al quiosco, para que se convirtiera en una ramada de esas llenas de vida y

esperanza. No podían faltar los completos y los lomitos en pan amasado, y la mano, en altivo y continuo gesto abarcando el espacio de derecha a izquierda mostraba los componentes alineados de un completo: pan, hot dog, mayonesa, salsa de tomate (hecha en casa), chucrut, pepinillos, cebolla picada en cuadritos; como en la Fuente Alemana, explicaban las santiaguinas.

Al frente, un espacio para recibir a los invitados y entablar las discusiones. Con los de afuera era más fácil, se trataba de responder sin amargarles la fiesta, entre nosotros eran más divertidas por lo que en el fondo de nosotros mismos sabíamos que no teníamos respuestas, o que las que teníamos nos producían escalofríos en la espalda.

A mí me tenían que soplar los nombres, a medida que veía un nuevo-viejo amigo acercarse, escuchaba: Jean, La Vendée y tras el abrazo y besuqueo bien francés lograba meter —*Jean mon pote, ça va La Vendée?* Su respuesta me ubicaba y podía regresar a su escenario. Es que eran demasiados, y al invitarlos a un vaso de tinto, o al ellos invitarme a mí —*ça s'arrose*—, ya por la décima función se me andaban mezclando las luces, los personajes y los nombres.

La hora del café, me soplaban.

Un once todo cambió. Primavera, el tiempo nos acompañaba y en un raro momento de reposo conversábamos los dirigentes de la Central Única de Trabajadores, dirigentes políticos, Lucho el crítico y yo en un círculo de vida.

Estaba hablando, con mi camisa de artista del pueblo, las mangas anchas flotando al viento, accionando las manos para acentuar o suavizar la palabra cuando un rayo de luz me fulminó. Continué hablando y ni siquiera por orgullo de actor intenté escuchar la reacción, automaticé la otra parte del círculo para poder escapar con mi mirada. Caminando desde la escena central hacia nuestra ramada venía ella, La Bella entre las bellas, La Bella que marcaría mi destino.

Venía acompañada de un chileno, un rayo lo fulminó, Guillermo partió en humo, perdida para siempre mi amistad. Se acercó, cada uno de los miembros del círculo de vida congeló a los otros y se quedaron moviendo los labios como pescados fuera del agua.

Había escuchado de su belleza, había escuchado de su inteligencia, había escuchado de su sonrisa y de esos hermosos ojos negros, había escuchado que existía, y había escuchado de cómo desafortunados pretendientes se estrellaban en sus largas pestañas, pero lo había escuchado en la hora de las mentiras y no creí verdad tanta belleza.

Guillermo se acercó el primero y me dijo —te andaba buscando, quiero presentarte a Pris, una actriz caribeña.

Se me enroscaron los dedos de los pies en mis ojotas, espero no lo haya notado.

Como era la *Fête de L'Huma*, hice un gesto caballeresco, tomé su delicada mano, y al igual que Gérard Philipe interpretando a D'Artagnan, me incliné para besar su mano. —*Enchanté*, —musité.

Lucho, el crítico, imitó el gesto, pero tuvo que empinarse para alcanzar la mano de La Bella; Carlitos, el editor, se tuvo que subir sobre los hombros de Lucho; los dos dirigentes obreros le dieron un fuerte apretón de manos, con mano recia, de esas que encallecen con el uso del martillo, aunque uno era funcionario y el único martillo que conoció en su vida lo conoció a través de los afiches que tapizaban las paredes de la escuela de cuadros; los políticos pusieron cara de vagón de primera para impresionarla y Quena, la de relaciones con la Unesco, se retiró al ver el lamentable espectáculo, y por tanto a Quena le gustaban las comedias.

En la ramada, a las viejas les dieron ataques surtidos, la hermana de Quena, psiquiatra, tuvo que atenderlas. Durante media hora las empanadas salieron más planas que sopaipillas.

—Miren sus caderas, —decían.

Las miré con agradecimiento. A veces, sin darse cuenta, el efecto de un parlamento es diferente al esperado, o se están entregando pistas para dirigir el pensamiento como una forma de liberación.

La Ciudad Internacional era un punto de encuentros y desencuentros, allí convergía el mundo para establecer sus diferencias, las ideas para nacer o morir, unos ojos se cerraban para dar paso a otros que iluminarían el escenario y el pensamiento; no se trataba de destruir, se trataba de dar una oportunidad al futuro.

La Bella entre las bellas —y la leyenda quedaba opaca— me contaba su vida en el teatro, su experiencia forjada en El Yunque, sus primeros parlamentos rodando desde las montañas hacia el mar que baña Puerto Rico, sus sueños, sus decepciones.

Con disimulo me quité la túnica, no la fuera a confundir con sotana, nunca he logrado entender el porqué a los directores de teatro nos cuentan las vidas.

—No les cuentan su vida, están buscando regresar a la vida sobre escena, hay algunos que nunca aprenderán.

Con la fragilidad de una orquídea, pero cimbrándose voluptuosamente cual palmera al viento en medio de un huracán, abanicando el aire con sus pestañas, sonriendo a través de esos labios que abrían el camino a mi destino, terminó diciendo —deseo actuar, ¿*Monsieur*, necesita una actriz?

Necesité. El *Monsieur* me puso en alerta, me preguntaba quién diablos sería el rey a quien habría de destronar. Miré sus ojos y me tranquilicé.

A partir de ese momento dejé de mirarla para observarla. Medí el alcance de su mirada, la amplitud del movimiento de sus caderas, la altura de la cual caería el parlamento, el arco de sus piernas y cómo jugueteando entre ellas se deslizaba la luz, los dedos de sus manos arrojando pétalos de orquídeas, como cada vez que se pone nerviosa, o explota de deseo.

—¿Tiene algún compromiso?

Sonrió.

—No.

Y ambos estábamos hablando de teatro dentro del teatro, otra cosa hubiera sido muy fácil, y cuando se es La Bella entre las bellas no se deja entrever el pensamiento. Un no es un sí, un sí es un no, una sonrisa es un quizás y un subir y bajar de pestañas es el comienzo de una guerra, ¡y que arda Troya!

33 años más tarde aún no logro saber con certeza cuando un no es un sí, un sí un no o una sonrisa un quizás.

Estaba montando *Los papeles del infierno*, de Enrique Buenaventura, avancé un nuevo escalón en las escalinatas.

La Bella conocía la obra; solos en la sala, ella en el escenario, yo en la sombra, ella temblorosa, yo separando emociones de mirada crítica.

—Esa no se la cree nadie.

Estuvo a punto de equivocarse, en teatro las emociones hacen parte de la mirada crítica; no es un bisturí atravesando la escena, es un sentimiento desgarrando para dar vida a la escena.